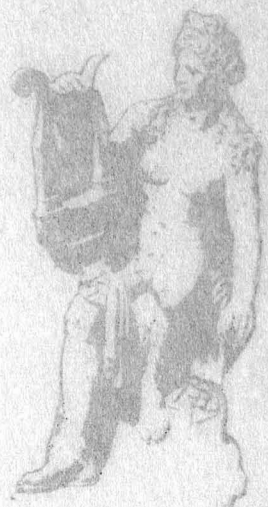


VERSIONES Y DIVERSIONES DE SALOMON DE LA SELVA LIRA GRAECA



CONSAGRACION

[HESÍODO]

COMENCEMOS el canto con el coro
de las divinas Musas del Helicón que danzan
en la montaña mística, junto a una fuente
oscura de color violáceo,
en rededor del ara sacra a Zeus, pisando
con pie alterno el suelo suavemente.

A Hesíodo un día le enseñaron un bello
cantar, mientras ciudaba ovejas que pacían
pastura montañesa: “¡Pastores de los campos,
todo panzas, criaturas despreciables!,
a nosotras es dado
urdir mentiras de modo aderezadas
que parecen verdad: así somos de hábiles;
pero también, cuando queremos, decimos lo que es cierto”.

Dijeron las divinas
hijas del mayor de los dioses, y cortaron la rama
de un precioso laurel, y me la dieron,
y me insuflaron voz imperecedera.
A que cantara las eternas verdades
los eternos dioses allí me consagraron.

VISION DE ALTURA

[HESÍODO]

¡AH, COMO el carpintero odia a los carpinteros,
el alfarero cómo a los alfareros,
el pordiosero a los otros pordioseros!
Y entre sí sólo mal se auguran los profetas
y se dicen, los unos de todos los demás, los poetas,
iguales los rivales por gajo de laurel
o por puñado de pesetas
a las que están inscritas en un mismo burdel.
Yo no. A nadie envidia, que en vuestro ilustre coro
pulso, divinas Piérides, la lira de oro.

PLEGARIA

[HOMERO]

EL CISNE clarinero, de aguda voz, al golpe
rítmico de sus alas, cuando en los remolinos
del Peneo se posa, a ti es a quien canta;
y con mayor dulzura todavía, el poeta





DE LA SERVA DE SAKONON Y DIVERSIONES VERSIONES LIRA GREA

a ti primero y último, abrazado a la lira,
te invoca. ¡Acepta mi saludo!
¡Inspirame tu gracia!

CUANDO Y CON QUIEN HA DE CASARSE EL HOMBRE

[HESÍODO]

NO LLEVES a tu casa ni pronto demasiado
ni muy tardíamente la gala de la esposa:
amor tiene su tiempo lo mismo que la rosa
de vergel y las flores menudas en el prado:
los treinta son la edad para casado.

Y así como la rosa no se corta en botón
ni cuando, hacia la tarde, va para deshojada,
escógela doncella a pubertad llegada
tres años ha, o cuatro, que es la mejor sazón
para hacerla contigo a la yugada.

Y sea a quien conozca la gente de tu misa.
Observa cuando digas que te casas con ella
si en ojo de varón alguna leve huella
de compasión adviertes, o si alguna sonrisa
de burla en labio de mujer destella.

La fortuna es variable y grata o ingrata pasa,
pero una buena esposa es bendición sin mengua;
la mala, en cambio, la indócil de su lengua,
infiel o perezosa, y más si no ha parido,
no necesita aceite ni parrilla ni brasa
para freír a su marido.

DECIR CONTRA LAS MUJERES

[HIPONAX]

DOS VECES en su vida es amable la esposa:
cuando al tálamo sube, cuando baja a la fosa.

DECIR CONTRA LA POBREZA

(Homenaje a Ruy Páez de Ribera en la Celebración
de su Quinto Centenario)

[TEOGNIS]

KYRNOS, al más valiente lo quiebra la pobreza
más que el temblor de fiebre, más que el cabello blanco:
¡húyele, Kyrnos, así tengas que ahogarte
en el más hondo mar, o que lanzarte

al más profundo oscuro precipicio!
porque el pobre enmudece, en todo andar tropieza,
por diestro que haya sido queda manco,
y la razón en él pierde el oficio.

El que era limpio vuélvese desaseado;
quien tuvo amigos no los tiene ahora;
al más cortés lo traduce en grosero;
al que era sabio lo hace majadero;
lo desestiman más que era estimado,
y quien más lustre tuvo se desdora.
No hay amargor igual que hayas probado.

AMARGURA DE EXILIO

[TEOGNIS]

JAMAS el exiliado tiene un amigo
que lo sea de veras, sin dobleces,
y esto es lo más amargo del exilio.

LOS AGITADORES

[TEOGNIS]

CRÉEME, Kyrnos, agitadores quieren
poner encinta a la Ciudad, preñarla
para que de ella nazca rudo, feroz tirano.
Uno es fuego en rescoldo: cubierto de ceniza
esconde brasa de ambición frustrada;
el otro es llamarada de crepitantes lenguas
que lamen viento;
así arden los dos, ambos incendiarios,
iguales en esencia y en propósito.

Uno es enteramente franciscano
("¡Hermano lobo, hermana ardilla, hermano tigre!")
pero al hermoso metagonte de raza,
buen dogo cazador y guarda del rebaño,
lo señala gritando, "¡Tiene rabia!",
para que otros lo maten; él matarlo, ¡nunca!
se lo tiene prohibido la conciencia.
Y tampoco es capaz de blandir en la mano
el criminal puñal, pero le saca punta
en mollejo chispeante,
lo afila día a día, y aguarda a que algún loco
de los que nunca faltan, ávido de la gloria
vulgar del magnicida, venga y lo tome.



El otro, que se cree león, es sólo un flaco, un sarnoso perro callejero, mañoso, que ladra y corre, y anda por el mercado donde las verduleras hablan de política y ver qué longaniza atrapa con los dientes en un descuido, o qué pellejo o tripa alguien le avienta, y por más que lo espanten a puntapiés y a palos siempre regresa, siempre vuelve, chorreando baba, con la lengua de fuera, meneando el rabo, husmeando, echando pulgas, y no respeta nada, todo lo orina por el inescrutable instinto de los perros.

MEDITACION DEL ESTADISTA

[Preston]

CONSEJO

[SOLÓN]

PRÓDIGOS de sus vidas, exponiéndolas, todos persiguen fines individuales ora en el mar de ola crecida, en barcos que el viento impele ensanchando las velas, para traer a puerto algún tesoro, ora sobre el arado curvo doblegados de sol a sol, con dolor en los lomos, siervos del año para allegar cosecha, ora junto a los fuelles y apegados al yunque, servidores de Atena, émulos de Hefesto, con fina habilidad, quemándose las manos, ora discípulos del Flechador Apolo con el labio sabio de profecías, esplendente de música; pero ninguno sabe cómo ni cuándo el hado súbitamente, como quien corta un hilo, le cortará el aliento.

Mi propósito fue reunir a mi gente dispersa, dividida. Sea testigo de ello la olímpica deidad mayor de las deidades, la oscura Tierra, de cuyo seno maternal, transido de piedras de hipoteca, arranqué lo que la hacía esclava, y a este suelo de Atenas devolví a los que ya en lejanas tierras, sea por mala suerte, sea por malas artes, de egoísmo del prójimo, eran vendidos y olvidaban la clara voz del Ática.

PODER DE LA POESIA

Con fuerza de mi mano los hice libres;
y no para los malos solamente,
también para los buenos,
dicté las leyes que creí prudentes.
Ajusté con primor las partes del estado
para que su equilibrio mantuviera
firme la fábrica común. No sé en qué pude
haber fallado, pero fallé. Por eso
pongo mis armas en la calle, píselas
quien las quiera pisar, o tómelas
quien prefiera llevárselas.
A mí ya no me sirven, porque el pueblo
mejor que libertad quiere tirano.

CONSEJO

[HESÍODO]

DE UN barquichuelo habla,
si quieres,
con entusiasmo; canta
su encomio; pero
bajo una vela grande
tu mercancía embarca,
embárcate tú mismo.

En cuanto a mí estimo
esa aventura en poco.
No así los hombres prácticos:
por amor al dinero
en todo riesgo incurren
pese a que saben
cómo es amargo
morir ahogado.

Atiende mi consejo:
sólo una parte, y no la
mayor, confía
a lo inseguro:
mar, o doncella,
o voz de quien te adula.

PODER DE LA POESIA

[PÍNDARO]

¡LIRA de oro, la que Apolo tañe
y aman las Musas que se coronan de violetas!
A tus primeras notas de preludio
los pies ligeros de las danzantes saltan,





gloriosos en sus pasos,
y las voces se ajustan a tus cuerdas.
Hasta el relámpago guerrero
deja su flechería
súbita de llamas,
y posada en el cetro de Zeus,
domada, duerme el águila:
rey de las aves, dobla
la cabeza de curvo pico; sus ojos
hechizados de sueño; las plumas
sedosas de sus alas
se mueven suavemente,
suben y bajan con el ritmo
de su resuello acorde con tu música;
y el belicoso dios, ¡Ares!, olvida
por un momento breve
el choque de la lanza en el escudo:
tendido entre las dulces Gracias
se rinde al gozo de la paz,
¡tan potente es Apolo, el que domina
la conciencia del hombre y la ilumina!

Pero los que Dios odia, los que El detesta,
tiemblan de oírte.
En la encrespada tierra, en el movido océano,
temen los malos a las Piérides,
blasfeman contra la Poesía,
Nacido en la caverna Ciliciana,
Tifón, de cien cabezas veladas en la sombra
negra del Hades,
el pecho hirsuto enarca bajo el peso
del promontorio de Kymé; en Sicilia
encima de él se eleva
al cielo azul la nieve
de perenne blancura y de filoso aliento
(¡el verso fino, inaccesible!)
que el Etna todo el año arrulla en el regazo;
pero, de sus entrañas hondas,
vomita el monstruo fuego inabordable,
torrentadas
que todo el día humean y en la noche
tienen lustre de sangre, y noche y día
arrastran hacia el mar piedras inmensas
con incesante estrépito de trueno.

EL ADAGIO DE ARISTODAMO

TRASIBULO, antaño
con la gloriosa lira

[PÍNDARO]

firme en las manos
subían los poetas al carro de las Musas
para lanzar los dardos
de fina melodía
en elogio de un rostro de juvenil encanto
dominio y trono de Afrodita.

No era Apolo tacaño,
ni las Gracias alquilaban caricias,
ni el coro, dulce como la miel, de Terpsícore
iba con las mejillas
marcadas por cuño de moneda.
No había sentenciado el argivo
(al ver cómo le huían tomados de las manos
junto con su fortuna los amigos)
que "El dinero es el hombre", nuevo adagio
ciertísimo por cierto,
pero amargo.

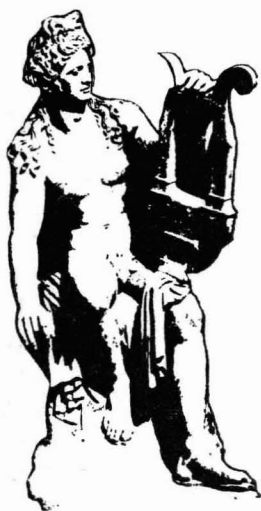
INVIERNO

[HESÍODO]

PREVENTE contra el mes lenaionte, el de los días
cortantes, de aire frío capaz de desollar a un toro.
¡Qué heladas crueles las que avienta Bóreas!
Sopla sobre la Tracia nutridora de hermosas
caballadas, y sobre el mar amargo revolviéndolo
en grandes olas; cae sobre los altos bosques
abatando los árboles, quebrándolos,
pinos y robles, con pavoroso estrépito;
hace temblar las fieras de la cabeza al rabo,
y pese a la pelambre las hiere en el pellejo:
no les vale a las reses el cuero duro, no les vale
a las cabras el fino pelo: sólo las ovejas
por el vellón tupido le mellan las filosas
garras al viento. Y a quienes más abate,
doblándolos en rueda, es a los viejos.

Tampoco hiere el frío la piel de la doncella
a quien no todavía la áurea diosa alecciona
y al lado de la madre se está sumisa en casa.
Bañado el cuerpo con esmero ungido
con refinado aceite apenas perfumado o sin perfume,
se mete en cama y sin pesares duerme.

En cuanto a ti (¡ya te asoman las barbas!), envuélvete
en una larga túnica que te llegue al tobillo,
sobre eso ponte manto, las dos prendas de lana
gruesa, tejida en poca trama y espesa urdimbre;



calza zoclo cortado a tu medida
de cuero becerril forrado en tibia felpa,
y si amenaza lluvia, lleva, de tierna cabritilla,
cosidos los pedazos con cordones de cuero,
capa eficaz en que resbale el agua,
y tócate con gorra de felpilla sedosa
que entera la cabeza te cubra y las orejas.
Caiga entonces del cielo largo y frío, hiriente,
el aguacero, y tiéndase en los campos
de propietario rico, y empápeles hasta donde el grano
que se sembró a buen tiempo lentamente lo absorba.

LAS YEGUAS DE GLAUCO

[ESQUILO]

POR muchas vueltas que le des al mito,
su sentido no cambia,
sea que Glauco aleccionó a sus yeguas
a comer carne humana
y cuando les faltó lo devoraron,
sea que no por hambre enloquecieron
sino de haber pacido
hierba no acostumbrada, maldecida,
o colmado la sed a grandes sorbos
de abrevadero mágico,
sea por fin, de modo
más claro, que Afrodita vengativa
(porque Glauco pensaba
que teniéndolas vírgenes más bellas
crecerían) de furia
les inyectó los ojos y los dientes.

Prudente yo, a mis bestias
no de otra manera domeñables,
les doy a tiempo
lirios de largo tallo y rosas,
con miel, de carne tierna.

DITIRAMBO

[EURÍPIDES]

¡Incomparable júbilo es ser joven,
alegría de oro!
Pero llegar a viejo
es un dolor pesado
y nublazón de ciego.
Ser joven y, a más de joven, libre
de la tribulación de la pobreza

lo juzgo dicha,
pero también dichoso es quien es joven
así sea pobre,
y yo no cambiaría la juventud por todos
los tesoros de Oriente,
y aun la mitad del gozo de ser joven daría
por alas eficaces
con que volar (¡volar adonde fuere!)
y huir de la amargura de ser viejo.

ORFEO

[ESQUILO]

GUARDATE, entre rivales príncipes, por tu vida,
de afiliarte a partido. Mira a Orfeo
que por amor del Flechador de rubio aspecto
y suave voz, menospreció al cetrino
nonato gritador habido en Sémele,
poderosos los dos, hijos de Zeus.

En la noche, apartado de los feroces ritos
de las bacantes lúbricas, Orfeo
subía a la alta cumbre para esperar el día
y saludar al Sol con noble música.
No fueron fieras, fueron
furiosas las Basárides de Tracia
quienes le dieron muerte.

Del Pangeo, las Musas
llevaron sus despojos al Libetra.
En cuanto a mí, no corro prisa alguna de
necesitar la piedad de las Piérides.

FURIA DE AMOR

[SÓFOCLES]

¡POTENTE para toda conquista, la chipriota!
No digo los reveses que infligió a los dioses,
cómo tumbó al Cronida
y al que hace que la Tierra tiemble en su cimientos
y al que en el Hades tiene nocturno trono,
sino lo que aquí vimos. ¡Qué brazos de lujuria
para ganar doncella codiciada
hizo que se tendieran! Hombros musculosos se alzaron
pujantes en pelea
para dar fuerza a golpes formidables,
y se produjo estruendo pavoroso
revolvedor de grandes polvaredas.



Entre fragor de aguas furibundo río,
el trueno interminable de pezuñas hendidas,
y la alta cornamenta fantasmal de un toro:
¡Aqueloos, el sembrado de islas, desbordado!
y de la Tebas mística el vástago de Zeus
con dardo y maza y arco distendido,
los dos trabados en batalla,
rivales que enloqueció el deseo,
sin nadie cerca excepto la chipriota
invencible, infundiéndoles
su propio aliento.

Sordo caer de puños, y el silbido
mortal de flechas emplumadas,
y el resollar cortado, adolorido,
y la tensión, a reventar, de espaldas, y el vibrante
esfuerzo de las piernas,
y el nublarse los ceños, y el choque de las frentes,
hasta que al fin se oyó, apagado, el bufido
del derrotado.

Mientras tanto, a lo lejos, tierna, de viso hermoso,
sola como una estrella cuando sólo
brilla una estrella en la amplitud del cielo,
tendida en la ladera de una loma,
en espera de quien habría de llevársela,
Deyanira.

¡Oh, su mirada dulce
aguardando el final de la batalla,
implorando piedad, oveja tierna
repentinamente
huérfana, desolada!
Lloro por ella como
por hija propia mía.

LA COLERA DE CREUSA

[EURÍPIDES]

¿COMO seguir sin decir nada,
oh alma mía, mordiéndome los labios,
tapándole a mi dolor la boca
para que no prorrumpa en voces,
tapándole los ojos
para que no se suelte en llanto?
¿Pero cómo decir, sin desnudarme
del pudor, hija de rey y esposa de príncipe,
quién me violó, en qué cama,
cuál noche oscura?



Nadie, me detendrá, nadie podrá callarme,
no, ni la pretensión de la inocencia,
puesto que me traiciona mi compañero de pecado
y nada espero ya de mantener incólume
en la opinión ajena el espejo de la honra,
yo que jamás dije palabra alguna
para exigir la merecida boda
y atención de marido en el dolor del parto!

¡Oigame en su trono de estrellas la majestad de Zeus,
óigame la diosa
que guarda la alta roca de mi casa
donde ella está, cabe al Lago Tritonio:
diré quién me forzó bajo su peso
y hubo placer de mí: delataré el secreto
que me oprime!

Las lágrimas
me las arrancan dioses
en contra mía conjurados,
dioses que me traicionan!

¡Oh cantador de melodías
al son de siete cuerdas,
que alzas la voz en impecables himnos,
tú, hijo de Latona,
aquí, de cara al sol, te acuso, Apolo:
tú me violaste!

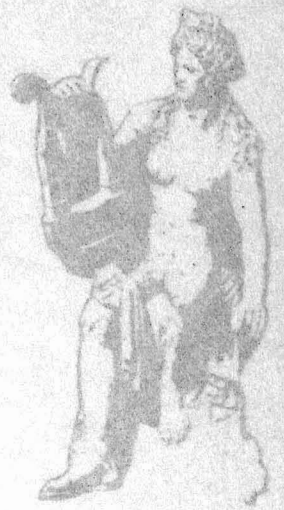
Con el cabello de oro
me deslumbraste,
con los azules ojos
me enterneceste,
mis manos en tus manos

tibias, sudaron:
¡cómo me acariciaste,
primero el cuello, luego
la base de los senos, los pezones,
y más abajo, derritiéndome!
Brasa sentí tu boca
quemándome los labios.
Y me fuiste empujando
ya seducida
hasta tenderme en cueva,
cegándome Afrodita
(¡ella fue cómplice!),
y nada vi, ni oí, presa del deseo
que me hacía temblar entre tus brazos:
¡allí me poseíste!

Helada de terror volví a mi casa.
Me temblaban las piernas de vergüenza.
No me atreví a mirarle
los ojos a mi madre,
y no a mis compañeras
les abrí el corazón para decirles
la vida que gestaba en mi vientre.

Rodeada de cuidados
y en medio a la alegría
de honorable preñez, la esposa sufre
sinsabor, sin embargo.
Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
todo sufrí, ¡indecible!,
dolores y bochornos.

Yo, sola, Apolo, sola y en secreto,
donde tú me violaste,



torcida de dolor, ¡indecible!,
como quien sufre muerte,
muriendo y reviviendo para morir de nuevo,
di a luz a tu hijo.

¡Y tú, oh esplendoroso
que dices profecías
desde trono de oro
en Delfos, seductor de doncellas;
tú que me sedujiste,
me abandonaste!
Y abandonaste al hijo.

Cuando volví a buscarlo
para darle mi pecho que chorreaba
cálida leche,
ya no estaba en la cueva:
¡lobos, lobos
se lo llevaron,
hijo de mis entrañas,
hijo tuyo, Apolo,
lobos lo destrozaron!
sinsabor, sin embargo.

Buitres también se hartaron
de ese banquete.

¡Por eso, Apolo,
Delos te odia,
la tierra en que naciste;
te odian sus palmeras y sus rocas,
te odia el suelo donde tendida
presa de angustia,
asida a un tronco y con gran grito
te dio a luz Letona, hijo de Zeus!

CUATRO ADOLESCENTES

(I)

[ARQUÍLOCO DE PAROS]

...con un ramo de mirto,
con una rosa,
y con las trenzas, sueltas, sobre los hombros
como una sombra...

(II)

[SAFO DE MITILENE]

COMO manzana, roja sobre el azul del cielo,
que los recogedores de manzanas dejaron

sin recoger en la más alta rama,
no por olvido, no: ¡porque no la alcanzaron!

(III)

[SIMÓNIDES DE CEOS]

DEL otro lado de agua tranquila
a que se atreva al barquichuelo llama,
llama y lo hunde, la luz de su pupila.

(IV)

[ALCMAN DE ESPARTA]

A AGIDO la miro
como un sol que ella misma
hace brillar en nuestro cielo;
por más que ella me diga
que no declare cómo es bella
ni afirme lo contrario,
debo decir que bien se sabe
de qué manera brilla,
deslumbradora, como,
en medio de ganado vacuno,
una potrilla fina
de ancas nerviosas y cascos de relámpago
que uno dormido sueña, despierto se imagina.

MADRIGAL

[PLATÓN DE ATENAS]

NIÑA, toma esta rosa, y si te place amarme
ponme tu doncellez en punto a mi deseo;
si no, de todos modos guárdala y que te enseñe
la brevedad de todo lo que es bello.

OCHO CANCIONES DE NOSTALGIA VENEZOLANA JUNTO AL TEMPLO DE POSEIDON EN PESTO

(En memoria de Andrés Eloy Blanco)

(I)

[ALCMAN DE ESPARTA]

NUNCA más, voces de miel
en coro de doncellas
dulces como la voz de los amores,
me podré sostener. ¡Pero, ah, si fuera



alción alado, en vuelo sobre flores
de pétalos de espuma: el pájaro de pluma
azul-de-mar que empolla en primavera!

(II)

[EURÍPIDES]

PAJARO de las rocas
contra las que se rompen, fragorosas,
incesantes, las olas,
¡oh alción, cómo revoloteas!
El que lleva un dolor vivo en el pecho
sabe lo que tu vuelo significa:
amor de largo tiempo muerto,
canción que no se olvida,
todo
en el volar perenne de las alas marinas.

Hacia el atardecer la mole antigua
de elevadas columnas se colora;
la piedra, carcomida
de sal, de sol, de lluvia,
recobra la tersura de hace veintiséis siglos.
¿En cuál ocaso, oh Templo,
volveré a hallar mi juventud perdida;
en vuelo de cuál ave
volverá a mí la pasión abolida?

(III)

[TEOGNIS DE MEGARA]

OI, Polípaides, oí cantar el pájaro
que señala al labriego el tiempo de labranza,
y sentí el corazón abrírseme en herida
por mis tierras, mis campos, que extraños bueyes aran.

(IV)

[EURÍPIDES DE ATENAS]

YAZGA mi lanza tendida en descanso,
envuélvala araña en hilo de paz,
y sea, tranquila, mi alma remanso
de pasión colmada; ¡ay!, ¿cuándo será?

(V)

[EURÍPIDES DE ATENAS]

SI PUDIERA —¿en qué caverna?— con mis sueños ocultarme
en las cumbres de Parima, donde apenas pisa el sol,

o hacerme habitación entre las nubes, remontarme
de garcero, como garza de plumaje de arrebol!

¡Donde rinde al Orinoco Cuchivero su tributo,
o la dulce Tacarigua sueña amores con el mar,
ser la ceiba —toda sombra—, el moriche —todo fruto—,
o en los llanos el humilde pero fuerte chaparral!

(VI)

[ESQUILO DE ATENAS]

AQUI a Poseidón, aquí a Hera
se veneró, y persiste
no sé qué temblor sacro de corazón devoto
vivo en el aire de la primavera
con júbilo pagano;
pero mi alma triste
jamás tendrá alegría si no la da la mano
de mi Reina y Señora Virgen de Coromoto,
la llanera.

Enorme, con tridente que sacude a la tierra,
con sempiterna voz que ruge, brama, grita,
se siente a Poseidón,
y grande, con grandeza que a medio cielo encierra,
a la esposa de Zeus se presiente.
¡Mi Virgen es pequeña, pequeña, pequeñita,
hay que verla con lupa, hay que verla con lente,
más de un millón de veces cabe en mi corazón!
El rumor de los llanos musita
(¡pena de los llaneros!) su oración.

(VII)

[ALCMAN DE ESPARTA]

DUERME la cima de lejano monte
que revistió de púrpura la tarde.
Duermen, cercanos, los azules alcores
que hacia el anochecer, antes de que el sol cayera,
se arrebujaron en la primera sombra.

Y duermen la cañada
y el río niño que se encuna en ella.
Duermen las fieras, duermen los árboles,
duermen las abejas,
y el mar envuelto en sombra,
los monstruos de su hondura,
y, con el pico bajo el ala, las aves



grandes igual que las pequeñas.
Sólo yo velo. La nostalgia
prendió en mi corazón la lámpara del recuerdo.

Donde los toros alzan alta cornamenta
en medio a la vacada de los llanos,
negro el ganado sobre pastos verdes,
el sol ahora abrasa. Una vaquilla
con el crío que aún se tambalea
rumia en la sombra. Una vaca vieja
deja a los pájaros nerviosos
(tranquila ella)
arrancarle garrapatas del lomo.

De pronto un toro muge
con mugido sonoro:
¡una ternera virgen está en celo
y el bello le chorrea mientras aguarda al toro!

(VIII)

[SAFO DE MITILENE]

AGUA fresca rebota, cantarina, en cascada
y corre entre arboleda de manzanos.
Muellemente las hojas se mecen, danzan.
En la corriente un sueño boga, como un cisne.
¡Oh Atthis, Atthis, de veras yo te amaba,
hace ya tanto tiempo, un tiempo largo!
Y tú me parecías feúcha, pequeñuela,
niña descriada.

—Te juro, me dijiste, que quisiera
morirme!, y sin embargo me dejaste.

Te ha de mirar como una esplendorosa
diosa el mortal a cuyo lado
duermes. Hacia la media noche,
puestas las Pléyades y los demás luceros,
puesta la luna, solo, con tu recuerdo,
oyendo el agua duermo.

PASION INNUMERABLE

[SÓFOCLES]

ESTO debe entenderse: que el Amor no es sólo
amor en sí sencillo, sino que su nombre
denota innumerables sentimientos;
porque Afrodita es Muerte, Fuerza imperecedera,
Ansia incontaminada, y Frenesí, y Deseo,
¡cuanto mueve a llanto y a violencia! La diosa
en todos hace presa, en las mudas

tribus que nadan, en las de los cuadrúpedos
que pastan en la tierra, en las tribus aladas,
todas la abrigan, su ala es soberana,
ella rige a las fieras y domina a los hombres,
y reina invicta sobre los mismos dioses,
al propio Zeus lo vence y tiraniza.

TIEMPO DE MORIR

[MINERMO DE COLOFÓN]

CUANDO ya no me sepa el oro de Afrodita
(¡los besos a hurtadillas, el abrazo potente,
el gozo en el regazo de las vírgenes!)
quieran los buenos dioses entregarme a la muerte:
porque vivir conviene sólo a los jóvenes.
El árbol de la vida, bello cuando florece,
no tiene más que una sola primavera.
¡Oh, cómo afea la vejez! Las mujeres
detestan con razón a los viejos, les huyen,
por más que se engalanen ellos con laureles.

DIALOGO A MEDIA NOCHE

[EURÍPIDES]

PERSONAS: *Agamenón Atrida y un anciano siervo suyo.*
La escena se desarrolla en Aulica, a media noche. Aga-
Menón sale de su tienda de campaña y llama a la en que
duerme su sirviente.

AGAMENÓN:

¡Arriba, viejo, arriba!

SIERVO:

¡Ya voy, señor, ya voy!

AGAMENÓN:

¡Aprisa, viejo, aprisa!

SIERVO:

Ya estoy, Agamenón.

AGAMENÓN:

Dime: ¿qué estrella es esa?

SIERVO:

Sirio, señor, Sirio que brilla
junto a las siete Pléyades viajeras.

AGAMENÓN:

Sirio, es verdad. ¡Escucha!
No se oye pájaro moverse,
ni se oye el mar, ni se oye
rumor de viento. El viento
duerme sobre el Euripo.

SIERVO:

¿Por qué a la media noche
lejana aún la aurora,
te has levantado? Nada





AGAMENÓN:

se mueve en la Aulida.
Los guardias rondan
tranquilamente. Vamos,
Agamenón, entremos. (Entran.)

SIERVO:

Dichosos, ¡ah!, dichosos
vosotros los humildes,
sobre quienes no pesa
la carga dura del renombre
ni la más dura todavía
del honor, y sois libres
del temor que a los grandes asalta.

AGAMENÓN:

¡Pero la gloria es de los grandes
por su linaje y por su orgullo!

SIERVO:

¡Y envuelta en esa gloria su tragedia!
Porque los dioses los abaten
cuando han llegado a la mayor altura,
y los odios pequeños de los hombres mezquinos
les roen la raíz de la grandeza,
y algo hay siempre que se burla de ellos.

¿Qué modo es ese
de hablar, Agamenón? ¡Animo, ánimo!
Tú no naciste para vivir holgado
con júbilo y pesar de los mortales
comunes y corrientes.
Tu alegría es más alta: sea entonces
de igual altura tu dolor, lo que los dioses
quieran. Ellos lo ordenan todo
porque son fuertes.

(Y Agamenón borró la carta que escribía,
y otra vez la escribió, borrando y reescribiendo
hasta que amaneció, y por el siervo
se la envió a Clitemnestra pidiéndola a Ifigenia
para esposa de Aquiles, grande engaño:
¡para sacrificarla!)

CANCION DE AMOR

¿COMO pudo el dardo
invisible de Eros
lanzarme, con fuerza
que sin fuerzas deja,
Cloe pelirroja,
de pestañas de oro,

carne niña, toda
tallo de azucena,
pétalo de rosa,
delineada apenas
como nube vaga
la mujer en ella?

No si la panoplia
hubiera vestido
de mujer entera
me hubiera humillado
a besar sus plantas
(lirios en desmayo),
que a mis años tengo,
viejo lobo libre,
maña de esquivarme
de mujer mañosa.

Si traída en carro
de alas de paloma
viniese la diosa
a quien yo más amo,
y si me dijese:
—Dime ahora, hijo,
¿por qué reina de altos
pechos, orgullosa,
suspirando vives?,
¿qué visión de labios
carnosos te ciega?,
¿quién te quita el sueño?,
¿quién es tu enemiga
para yo vencerla?—,
¡ah!, ¿cómo decirle:
—No me sirven nada,
madre, tus hechizos?
Yo no quiero sino
bañarme en el agua
pura de sus ojos.
¡Déjame dichoso
ser cautivo de ella!

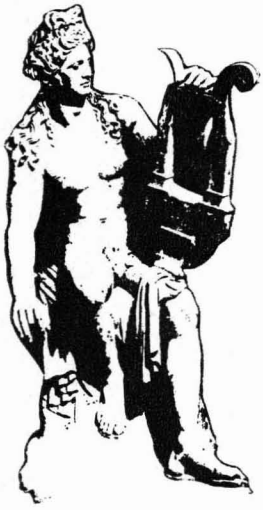
DOLOR DE SENECTUD

Estrofa

¿QUIEN será quien anhele
largueza de sus días?
Discierno que le sirve
la insensatez de guía,

[SAFO]

[SÓFOCLES]



y no por vivir mucho
los pesares evita:
¡ya pisa sus talones
el dolor: la alegría
se aparta de sus ojos:
lanto ciega su vista!
Tal es la recompensa
que da la lengua vida,
y al fin de todo, llega,
a salvarnos de ruina,
sin cantos de himeneo
ni alegre compañía,
la Muerte, última novia,
única compasiva.

Antiestrofa

La mejor y envidiable
suerte que el sabio estima
es la del no engendrado,
¡y la tuya en seguida
que diste con la muerte
al tiempo que nacías!
La juventud, liviana,
en viento se disipa,
luego las penas llegan,
fatiga tras fatiga,
sin que una sola falte:
la Discordia, la Envidia,
la Cólera, la Lucha,
la Espada que aniquila,
y la Vejez al cabo
que repugnante miran
los amigos más íntimos
y la propia familia.

Epodo

Igual que a mí, a éste
la aflicción lo hizo víctima.
¿Has visto promontorio
cercado de las iras
del mar y la tormenta?
Así la frente altiva
de Edipo sufre azote:
el rayo lo castiga
del dolor, y la ola
del vaho de la Erinya:
para él no hay día hermano,
para él no hay noche amiga,
ni lo alumbró el oriente

ni occidente lo alivia,
todo viento lo abate
con implacable inquina,
¡su medianoche insomne,
negro su mediodía!

HECTOR Y ANDROMACA

POR toda Troya de las altas torres,
hermoso en medio a la Ciudad hermosa
Hector, gloria de Príamo, alegría
de Hécuba fecunda, iba orgulloso,
volviendo de su casa a la batalla
con presuroso paso recorriendo
las bien tendidas calles, enlosadas,
rumbo a la Puerta Escea y la salida
al vasto llano que barría el viento.

Allí lo alcanzó Andrómaca, su esposa
que detrás de él corría: hija del noble
Fécio, rey de la frondosa Placos
en la Tebas de Mysia, que poblaban
cilicios aguerridos: de la mano
de ese príncipe, Héctor hubo a Andrómaca
que jadeante ahora lo detuvo.

Y a su zaga venía la nodriza
que contra el pecho cálido traía
al inocente niño, único fruto
del único amor de Héctor, su adorado
bello como un lucero, a quien llamara
Escamandrio al nacer; pero a quien todos
nombraban Astianacte, como en prueba
de ser su padre el salvador de Troya,
su más fuerte baluarte de defensa.
Héctor sonrió, mirándolo, en silencio,
pero Andrómaca, en lágrimas, la mano
del guerrero tomó entre las suyas
y se apretó a su cuerpo, suplicante:

—En tu propia pujanza te destruyes.
Ten compasión del niño y de mí —dijo—,
que pronto seré viuda. Ya los griegos
se aprestan en montón como uno solo
a echarse sobre ti para matarte:

Mejor entonces que estuviera muerta
y hace tiempo enterrada, tú faltándome,
que faltándome tú, sólo pesares,



alegría ninguna, probaría,
huérfana como soy de padre y madre!

Porque Aquiles mató, junto a las anchas
puertas tebanas a mi padre, cuando
llegó el hijo de Thetis prepotente
y abatió a los cilicios; pero pudo
la comprensión en él, para el vencido
(que es lujo de la fuerza y del orgullo
apiadarse del débil el más fuerte),
y no lo despojó de su armadura,
que era rico tesoro, bien labrada,
en la que fue entregado a la alta pira
aquel valiente rey; y le alzó túmulo
a cuyo derredor las Oreadas,
hijas de Zeus, ¡ah, consuelo vano!,
sembraron olmos de sagrada sombra.

Y siete hermanos tuve, como firmes
pilares de sostén de ilustre casa,
y a todos siete, entre el ganado rudo
de torpe andar, y los rebaños blancos
abundosos de lana, en la pastura
el mismo Aquiles de los pies ligeros
dándoles muerte, a la mansión del Hades
los consignó en un punto.

De esa hazaña
volvió el Pelida aquí para este asedio,
trayendo gran botín, mi madre misma,
reina que fue de la selvosa Placos,
por quien cobró rescate digno de ella;
y ella viviera, para mi consuelo,
pero en la casa de sus padres Diana,
la vengativa diosa cazadora,
por rencor la abatió con flecha aguda.

Tan sola me dejó tanta desdicha
que padre, madre y hermanos juntos
eres, mi dueño. ¡Duélate mi suerte
y quédate en la torre, no nos dejes
en la viudez a mi, huérfano al hijo!

Mejor harías resguardando el muro
por el lado más débil, donde crece
la hermosa higuera; que, como avisados
por algún adivino o por su propia
sagacidad, tres veces los Ayaces,
con el nombrado Idomeneo, el grande
vástago de Tideo y los Atridas,
por allí han dirigido los ataques!

Entonces Héctor de brillante talla
—Esposa —respondió—, tus advertencias
me traspasan el alma. Siento el peso
de la fuerza fatal que nos amaga
pero otra fuerza a batallar me obliga
más dura que la fuerza de la espada:
la befa de los teucros, la risilla
de sus mujeres escondiendo el rostro
entre los largos vuelos de sus mantos,
creyéndome cobarde, cuando a orgullo
tengo ser el primero en la pelea
y enaltecer el nombre de mi padre
y el mío propio, a costa de mi sangre.

Y si bien sé que un día sacra Troya
caerá, caerán sus torres, caerá Príamo
y los hijos de Príamo que blanden
filosos dardos, no me agobia tanto
el destino que acecha a los troyanos,
no, ni el delirio de aflicción de Hécuba,
mi propia madre, ni que los aliados
muerdan el polvo bajo las pesadas
sandalias enemigas: me amilana
este veneno frío que me corre
por todo el cuerpo, de saber que un día
ha de llevarte esclava un griego hirsuto,
sordo a tu llanto, rudo a tu ternura,
y en gineceo de Argos o Meseida
labrarás en telar, ajeno el lino,
o en Hisperea doblarás el cuerpo
acarreando los cántaros de agua
de la casa a la fuente y de la fuente
otra vez a la casa, sin descanso,
dolorida tu carne, herida el alma.

Alguien, mirándote llorar, cuitada.
—dirá—, esa mujer que plañe esposa
que fue de aquel famoso Héctor Príamida
que era el primero cuando en torno a Troya
los hombres batallaban reciamente”.
Oirás, y más amargas y copiosas
serán tus lágrimas, con el recuerdo
de mí, de mí que no podré ampararte.
¡Me haga la muerte sordo, me haga ciego,
antes de oírte, antes de verte esclava!

Así diciendo Héctor abrió los brazos
para tomar al niño, pero el niño,

con infantil espanto, buscó abrigo
abrazándose al cuello de la sierva,
huyendo del crinado casco de Héctor
que le daba terror. Héctor y Andrómaca
rieron de ver el inocente miedo,
y Héctor se quitó el casco tremolante
y lo dejó en el suelo, y tomó al hijo
y lo besó en la frente y lo alzó en alto
y dijo una plegaria para Zeus
y las demás deidades inmortales:

—¡Oh Zeus, y vosotros, grandes dioses,
que este hijo mío crezca en la alta Troya,
mejor guerrero que su padre, en Troya
más valiente que yo y reine en Troya
de modo que al mirarlo todos digan
cada vez que regrese de batalla:
¡Vale más que su padre! ¡Dioses, dadle
rico botín en la ruidosa guerra;
que a su enemigo hiera de gran muerte;
y que sea alegría de su madre!

Dijo, lleno de orgullo, y puso al niño
en el fragante abrazo de la madre
que un solo instante no dejaba el llanto
y la sonrisa. Juntos. Cariñoso
Héctor le hizo caricia en la mejilla
a la angustiada Andrómaca, su esposa,
borrándole una lágrima, y le dijo:

—Mi dulce amor, único amor de mi alma,
no te acongojes más, porque no hay hombre
de tanta fuerza que conmigo pueda
más de lo que el destino me depare.
Que nadie, por prudente o valeroso
o cobarde que sea, podrá nunca
contra lo que el destino le señala.
Vuélvete a casa resignadamente;
allí, al telar, o con el huso, ocúpate
en medio a tus doncellas hacendosas;
que la guerra es asunto de los hombres
y más atañe a mí que a nadie en Troya.

Y Héctor habiendo dicho,
tomó y se puso el casco empenachado,
Y Andrómaca, sumisa, tornó a casa,
volviendo el rostro muchas veces, lenta,
pesarosa, llorando.

Esto es la guerra.